

Jorge Carpizo

**DON MARIO DE LA CUEVA
PINCELADAS BIOGRÁFICAS**

En 1963 terminé el primer año de los estudios de la licenciatura en derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México. Comencé con otros compañeros a indagar sobre los buenos profesores que impartían las materias del segundo año. Acerca de algunos cursos la decisión era fácil; con Guillermo Floris Margadant y Hugo Rangel Couto cursaríamos la segunda parte de las disciplinas que les habíamos escuchado. Ulises Schmill, quien nos había enseñado introducción al estudio del derecho, y con quien establecimos desde entonces una cordial amistad, insistió en recomendarnos que teoría del Estado la llevaríamos con don Mario de la Cueva. Había una dificultad: todos los cursos los teníamos en la mañana y don Mario impartía dicha materia en la noche. Nos parecía una pérdida de tiempo tener que trasladarnos a Ciudad Universitaria dos veces al

día tres veces a la semana. Estábamos indecisos. Ulises Schmill nos convenció, nos aseguraba que no nos arrepentiríamos. Además, argumentaba, si después de escuchar algunas lecciones no estábamos completamente convencidos, nos podíamos cambiar de grupo.

Finalmente, Javier Patiño, Alejandro Sepúlveda y yo nos inscribimos con don Mario de la Cueva. Después de la primera clase estaba decidido: con él cursaríamos teoría del Estado. Nos había impactado, nos había causado una conmoción interna, una inquietud profunda y habíamos gozado de una bellísima exposición. Nunca antes habíamos escuchado una clase así. Realmente la experiencia valía la pena. Estábamos frente a un maestro excepcional.

Llegábamos al salón de clases de veinte a quince minutos antes de que acabara la exposición anterior a la de teoría del Estado. La puerta estaba cerrada, esperábamos. Nos gustaba sentarnos en la primera fila. Cuando a unos se les hacía tarde, los otros reservaban los lugares.

Don Mario de la Cueva era puntual. Entraba al salón con su carpeta negra bajo el brazo; de inmediato nos sentábamos y se hacía un silencio completo. Se quitaba el reloj del pulso, abría la carpeta negra o un libro si iba a leer algunos párrafos y comenzaba una erudita exposición; desfilaban delante de nosotros los pensamientos de los grandes teóricos de la doctrina política. La clase era amena. El maestro se emocionaba al ir recordando las ideas que configuraron sistemas y regímenes políticos; hablaba, en muchas ocasiones, en la primera persona del singular; así, ahí teníamos a Platón, a Santo Tomás, a Rousseau, o a Heller, manifestándonos sus pensamientos. El maestro generalmente tenía las manos debajo de la mesa, manos bien apretadas que iban controlando su emoción. A veces las descubría, frotando el índice contra el pulgar con gesto que indicaba un ritmo diferente en la exposición.

Se movía hacia un extremo de la silla, guardaba una pausa, pensaba lo que iba a expresar, lo manifestaba; a veces se recorría ligeramente hacia el otro extremo.

Cuidaba su vocabulario, le gustaba jugar con el lenguaje; una misma idea la expresaba en oca-

siones reiteradas con diferentes palabras y oraciones. Quería que nos grabáramos la idea, nos la remachaba sin decírnoslo, y barajaba ante nosotros sinónimos que no imaginábamos.

Los alumnos tratábamos de captar todo lo que expresaba, tomábamos apuntes. El tiempo volaba. La hora de clase siempre nos pareció demasiado corta. El silencio era pesado. Había tanto respeto, el maestro imponía. En la clase rara vez hacíamos preguntas. ¡Cómo íbamos a osar interrumpir una sinfonía de sabiduría y de profunda belleza! Sin embargo, en algunas ocasiones nos atrevíamos. Podíamos preguntarle al principio de la clase y él incitaba en múltiples ocasiones a las preguntas, pero hechas antes, siempre antes de la exposición.

La impresión que guardo de las clases del maestro es de una grande y profunda belleza, son las exposiciones más hermosas que he escuchado. Me producían el deleite que años después sentiría al contemplar en Europa algunas de las principales obras de arte de la cultura occidental. En sus clases había algo de teatral, un gran personaje escenificaba el espectáculo; él era consciente de ello, buscaba este efecto, deseaba que sus clases fueran bellas, para que a través de la belleza nos pene-

traran las ideas y los pensamientos y ahí se quedarán por años, por toda una existencia.

En 1964, don Mario de la Cueva tenía 63 años. Había nacido el 11 de julio de 1901. Era alto, corpulento, de cara grande, de nariz chata, nota característica de su rostro desde muy pequeño, según fotos de su niñez; ojos claros y miopes, anteojos muy gruesos, frente amplia; conservaba regular cantidad de cabello, y el de en medio era ya blanco; su boca era grande. El color de su piel era claro, pero cuando se emocionaba en sus clases se iba tornando en rojo; los ojos se empequeñecían, pero la figura parecía engrandecerse, abarcaba todo el salón. Teníamos frente a nosotros a un dios o a un monstruo. A un personaje mitológico. A un maestro, a un maestro como lo habíamos soñado tener.

En clase era muy serio; le gustaba concentrarse en la lección, no le agradaba que lo distrajeran, y si esto acontecía, se disgustaba y lo manifestaba. Dejaba de exponer guardando silencio. Más que suficiente para que el salón regresara al profundo

silencio en que se desenvolvía la clase. Tenía sentido del humor. En una ocasión un estudiante trataba de prender un cigarrillo con un encendedor que no le funcionaba; una y otra vez se oía el chasquido fallido de la piedra del aparato. Era obvio que ese ruido estaba molestando al maestro —decía que como buen miope tenía excelente oído—; interrumpió la clase, miró hacia donde se encontraba el estudiante que producía aquel ruido; pensamos que se iba a molestar, pero sonrió y le dijo: no se preocupe, para la próxima clase le voy a obsequiar un encendedor que sí funcione.

En 1964, don Mario de la Cueva era el coordinador de Humanidades de la UNAM. Previamente había sido rector y secretario general de la misma, y director de la Facultad de Derecho, después. Era el tratadista mexicano más distinguido de derecho del trabajo, y sus libros, conocidos y apreciados en todas las escuelas de derecho de habla castellana; su fama trascendía nuestro idioma. Había ya escrito algunos de sus ensayos de teoría política, y sus apuntes de clase de teoría

del Estado, así como los de derecho constitucional, circulaban profusamente. De él se oían múltiples anécdotas: cómo en funciones de secretario general, había brincado azoteas para llegar hasta la de San Ildefonso 28 y quemar la bandera de una agrupación que nada tenía que ver con la Universidad, pero que un grupo de estudiantes que se había apoderado del edificio la había colocado ahí; cómo se había opuesto, ante el presidente Ávila Camacho, a la creación de una asociación de universidades mexicanas si la presidencia de la misma se le otorgaba al secretario de Educación y no al rector de la Universidad Nacional. Don Mario de la Cueva, esa figura que caminaba con paso firme por los pasillos de la Facultad, era ya toda una leyenda hecha persona. Un mito convertido en maestro. Una historia que existía y se expresaba. Lo teníamos allí, enfrente de nosotros: la síntesis de años de estudio, de experiencias; años de cuestionamiento y de encuentro. Síntesis convertida en espectáculo, espectáculo hermoso que forjaba nuestra estructura intelectual y académica. Cuánto, pero cuánto, le debemos sus discípulos y alumnos.

Don Mario de la Cueva nos atraía enormemente. Un grupo de estudiantes empezamos a acercarnos a él. Después de clase lo acompañábamos por el pasillo hasta el estacionamiento para que abordara su *volkswagen*. Le pedíamos nos recomendara lecturas, queríamos estar cerca de él. Desde la primera vez que me dirigí a él le dije “Don Mario”, no acerté a decirle maestro; nunca le dije “maestro”. Entonces y hoy, en la Facultad de Derecho, tradicional ha sido, aunque ahora en algo esté cambiado, que los alumnos se dirijan a sus profesores diciéndoles maestros. Es una alocución dirigida a quien, con mayor edad, está transmitiendo al estudiante, bien, regular o mal, una serie de conocimientos. A don Mario de la Cueva no acerté a decirle nunca maestro porque él era algo especial; él sobresalía enormemente de la gran mayoría de los profesores. Él era don Mario, don Mario de la Cueva. Para mí, el “don Mario” encerró, y así siempre lo pronuncié, respeto, cariño y profunda admiración.

12 de septiembre. Conmemoración al Batallón de San Jacinto en la plaza del mismo nombre. Lectura de un folleto por un estudiante de la Fa-

cultad de Derecho. En 1964, el director de la Facultad de Derecho, el distinguido internacionalista César Sepúlveda, mi maestro y cercano amigo desde aquel entonces, me encomendó esa lectura. Aquello era importante para mí, joven provinciano, desconocido, con acento costeño. Repartí invitaciones entre mis profesores. Me interesaba que conocieran que el director me había hecho esa distinción.

Aquel día llegué a la plaza de San Jacinto y me sorprendió grande y gratamente ver entre los asistentes, en primera fila, a don Mario. Lo saludé y le manifesté mi contento y mi agradecimiento porque estuviera allí. “Vine —me dijo— porque usted me invitó.” Al terminar la ceremonia lo acompañé a su coche y me dijo que si no tenía nada mejor que hacer, pasara a su casa la noche del 15 de septiembre a tomarme un whisky. Qué feliz me sentí. Ahí estuve. Nos tomamos más de uno. Así comenzó entre don Mario y yo una amistad, a la cual no pongo adjetivos; duró hasta su muerte, y resistió tres discrepancias.

Siempre preparábamos con cuidado los exámenes finales. En nuestra generación los promedios

más altos éramos Rosita Benedeto, Javier Patiño y yo. Existía entre nosotros una sana competencia que estimo nos ayudó a los tres. A Rosita no la volvimos a ver después que terminó el tercer año de la carrera. Con Javier la amistad ha perdurado y se ha profundizado. Teníamos miedo y temor al examen de teoría del Estado. Don Mario era justo, pero muy estricto: sólo una oportunidad para presentar el examen, cuando la costumbre era que si el estudiante no se presentaba la primera vez que lo llamaban, se le volvía a llamar al pasarse la lista por segunda vez; una sola ficha, cuando la costumbre era que se sacaban dos de la cajita negra y uno escogía cuál de ellas quería desarrollar.

Pero nuestro temor no era tanto que don Mario fuera estricto; temíamos tremendamente desilusionarlo, que fuera a pensar que no habíamos preparado su materia con el entusiasmo y la dedicación que debíamos, que realmente no estábamos interesados en aprender.

A los tres nos fue bien. Los tres obtuvimos diez de calificación. Lograr un diez con don Mario era un triunfo y representaba un verdadero orgullo. El gran maestro, él, nos había calificado con

diez. Jamás hubiera asentado una calificación así si no hubiera estado convencido de que el estudiante la merecía. Nos tocó ver, en diversos tiempos, casos y casos.

Jorge T., era hijo de uno de sus seis o siete mejores amigos, lo había visto nacer y crecer, con él jugaba frontenis. Jorge falló en el examen y el maestro lo reprobó.

Dos alumnos muy cercanos a don Mario fueron Miguel L. y Raúl N.; muy inquietos, buenos lectores, con intereses diversos, plática amena. Don Mario los estimaba. Eran, y han demostrado serlo, valiosos. Fallaron en el examen. Don Mario los reprobó. Fue, y se le reconocía, muy justo en sus calificaciones.

Al terminar 1964, don Mario invitó a Javier Patiño para que trabajara con él en el Seminario de Derecho Constitucional del cual era director. A mí me informó que la Coordinación de Humanidades iba a expedir convocatoria para una beca, y que pensara si me interesaba concursar. Qué años aquéllos; todo el sector de la Coordinación de Humanidades contaba sólo con una beca.

Lo pensé y me decidí a concursar. Si ganaba ya

no entraría a trabajar a un despacho de abogados, sino me dedicaría completamente a la Universidad. Don Mario me advirtió que presentara mi *curriculum* lo mejor posible, porque se le adjudicaría la beca al mejor candidato; que no fuera a pensar que por la relación amistosa que teníamos me iba a apoyar; que él como coordinador de Humanidades apoyaría al mejor candidato. En mayo de 1965 gané la beca, que era por dos años, y entré a la Coordinación de Humanidades para redactar mi tesis profesional, misma que don Mario dirigió.

En 1965, de 9 a 10 de la mañana, tomamos con don Mario el curso de derecho constitucional. Al terminar nos íbamos a la Coordinación de Humanidades. Algunas mañanas antes de llegar a la oficina pasábamos al Yom-Yom a tomar un helado.

En la Coordinación me dirigió mi tesis y yo lo auxiliaba con labores diversas: revisión de traducción de libros, asuntos relacionados con la edición de libros de la Coordinación. Así fue como conocí a Rubén Bonifaz Nuño, entonces director general de Publicaciones, con quien he llegado a tener una amistad fraternal. Mi hermano Rubén.

Mario de la Cueva fue un coordinador muy respetado y temido. Tenía una idea clara de cómo debían trabajar los institutos y los investigadores. Apoyaba a los que trabajaban y vigilaba a los flojos. Logró que investigadores-chambistas, que investigadores no productivos se retiraran de la Universidad.

La Coordinación de Humanidades le gustaba, aunque se quejaba del tiempo que le quitaba; pero le agradaba porque desde ahí estaba impulsando la creación de obras colectivas como *Presencia de Rousseau*, *Estudios sobre el Decreto Constitucional de Apatzingán* y *Estudios de historia de la filosofía en México*.

Ésta es otra faceta de don Mario; su profundo amor por la cultura, su interés por la historia, la filosofía, la sociología, la ciencia política, las artes, la bibliografía; en general, por las humanidades y las ciencias sociales.

Fue un enamorado de la cultura y sus manifestaciones. Fue un gran creador y divulgador. Ahí están los libros que editó la Coordinación de Humanidades de 1961 a 1966.

Para mí, ésta fue una etapa decisiva. Trabajar

toda la mañana junto a don Mario. Decidir que me iba a dedicar a la Universidad y a realizar una carrera académica. Decisión por vocación profunda, pero decisión en la que influyó don Mario.

En la Coordinación conocí a muy distinguidos universitarios, con quienes entablé nexos de amistad que han perdurado a través de los años: Héctor Fix-Zamudio, Miguel León-Portilla, Clementina Díaz y de Ovando, Eduardo García Máynez, Pablo González Casanova. Recuerdo con cariño a don Justino Fernández.

En las tardes me iba a su casa a estudiar y a platicar a ratos.

Su casa. Nicolás San Juan 341. Fachada estrecha, dos pisos, puertas de fierro negro, ventana con barrotes que da a la calle.

¿Casa?, sí, pero más bien una casa-biblioteca. En la sala, en el comedor, en el bar, en las recámaras, en las estancias, en los pasillos, en el despacho: libros, libros en doble hilera. Libros y más libros. Las escaleras con libreros siguiendo el desnivel de los peldaños y hasta el techo. Los libros inundaron y desbordaron la casa. Fue necesario

construir una nueva ala, únicamente para los libros. Cantidad de libros. Calidad. En derecho del trabajo la mejor biblioteca del país, y quizá de América Latina. Los clásicos de la teoría política, el derecho constitucional: los clásicos europeos, los autores norteamericanos —por los que no sentía ninguna afición—, los latinoamericanos; historia universal, latinoamericana, mexicana y específicamente de la Revolución; filosofía, arte y literatura.

Don Mario amaba los libros, se sentía orgulloso de poseer joyas bibliográficas como algunas de las primeras ediciones de *El contrato social*, de *El príncipe*, de *Los seis libros de la República*, incunables, y la edición de la *Encyclopédie Française* de 1751.

En el pasillo, a la entrada de la casa, había un librero con llave. Ahí guardaba algunos de sus libros de literatura más queridos; entre ellos una bella edición del *Martín Fierro*.

Su libro predilecto: *El contrato social*, en múltiples ediciones. Las coleccionaba, las mostraba con gusto. Sus autores preferidos: Rousseau y Marx.

Esa biblioteca, que era su patrimonio, que era

él, que fue formando con inmenso amor, la donó a la Universidad Nacional. Durante su vida, a cada libro le estampó un sello que contiene dos líneas: en una, su nombre, en la otra: UNAM.

Quiso a los libros, los veneró. No le gustaba que salieran de su casa. Tenía malas experiencias. A uno de los más distinguidos profesores de la Facultad y amigo suyo, le había prestado un libro en alemán que nunca le regresó. La amistad sufrió fuerte deterioro y pasados muchos años aún lo recordaba. A dicho profesor le perdió la simpatía.

Era generoso; todo el que quería ir a consultar su biblioteca, encontraba las puertas abiertas; le daba orientación bibliográfica, pero si se le pedía prestado un libro se apenaba, se mortificaba, pero lo negaba. En los últimos años sólo recuerdo que a Enrique Álvarez del Castillo, Urbano Farías y a mí, con grandes reticencias, nos permitía sacar libros de su casa.

Durante años y años, todos los domingos comimos en su casa, don Ricardo su hermano, sus sobrinos Arturo y Ricardo, y yo. A veces iban sus sobrinas Rebeca, Magdalena y Patricia, alguno

de los Chapela, Urbano Farías o algún amigo de Ricardo “El Gordo”.

Don Mario, el *gourmet*, sabía disfrutar, como pocas personas de las que he conocido, de los buenos platillos y del buen vino. Durante los primeros años que concurrí a su casa contaba con una estupenda cocinera, Josefina, cocinera de casa de sus tíos, quien tenía un recetario excepcional. Todavía recuerdo cómo don Mario gozaba de sus ostiones gratinados, su pescado nonato con arroz, su ternera con champiñones y rajas.

Los domingos íbamos a los conciertos matutinos en Bellas Artes; a la llegada a su casa tomábamos uno o dos aperitivos, generalmente martini seco que don Mario preparaba a escondidas en la cocina; no permitía que nadie lo viera, decía que era una fórmula secreta. Eran estupendos.

La comida generalmente consistía de sopa, arroz, guisado y postre, se acompañaba con vino mexicano y en algunas ocasiones europeo. Para las celebraciones, el vino siempre era europeo.

Se terminaba la comida con café muy cargado, muy negro, sin azúcar, acompañado de algún cognac, brandy o licor.

Me parece estar viendo su cara de felicidad al comer y sus exclamaciones: “¡pero qué bueno está esto!”.

Comía grandes cantidades, cuidaba mucho la calidad. Afirmaba que uno de los grandes placeres de la vida era el comer bien.

En algunas ocasiones cocinaba; una de sus especialidades era la carne tártara y se sentía muy orgulloso de cómo le quedaba.

Los martes iban a comer con él Arturo y Ricardo; yo algunas veces asistía. Entre semana casi no había bebidas alcohólicas, a lo más un aperitivo suave, y esto fue en los últimos años.

Los lunes no se cocinaba en su casa. Solía comer en el Restaurante Bavaria con un grupo de sus viejos amigos: Francisco Boy, Luis López, Manuel Trueba de la Hoz, Francisco Lerdo de Tejada, Ignacio Espinoza, Manuel Ogarrío y su alumno más cercano: Enrique Álvarez del Castillo. La comida constituyó otro nexo y entendimiento entre don Mario y yo.

En la casa de mis padres siempre se comió bien. Comida campechana. Comida del sureste. Comida mexicana. Comida internacional. Don Mario

asistía regularmente a la casa. En todas las celebraciones familiares ahí estaba.

En varias ocasiones, en la Facultad de Derecho, he oído que don Mario fue un mal abogado y que como litigante no tuvo éxito. Ello no es cierto. Al contrario. Litigó varios años en uno de los despachos más prestigiados de aquel entonces; tuvo mucho éxito profesional y económico en el despacho. En poco tiempo juntó lo necesario para poder sostener a sus tías en México y poder realizar un gran deseo: ir a estudiar a Alemania, cuando esto era muy difícil porque generalmente los interesados tenían que sostenerse por sí mismos.

Don Mario viajó a Alemania; posteriormente diría que fueron los años más felices de su vida. Estudió arduamente con grandes maestros. Reconocía que gran parte de su formación académica se debía a esos años. Vivió intensamente el pulso cultural del Berlín de los años treinta, especialmente su música y sus teatros. Viajó por gran parte de Alemania y otros países europeos y llegó hasta Estambul.

En Berlín conviví con otro gran maestro y jurista mexicano: don Eduardo García Máynez, por quien siempre tuvo profundo afecto y respeto y quien en forma indirecta influyó determinantemente en su vida académica, por lo que voy a relatar.

Durante los años que tan cerca conviví con don Mario, en varias ocasiones le oí: “¿con quién comentaré esto?”, ya fuera un problema académico o uno personal. Invariablemente contestaba: “con Eduardo”.

Una tarde me lo encontré preocupado, y al preguntarle qué le acontecía me manifestó que el maestro García Máynez lo había ido a ver para exponerle una teoría que acababa de formular, y pedirle su opinión antes de publicarla. Don Mario pensaba que había quizá criticado en duros términos la teoría, y lo afligía que el maestro García Máynez se pudiera sentir, cosa que desde luego no aconteció. Así era la amistad entre estos dos gigantes del pensamiento jurídico mexicano de este siglo.

Pero decía que el maestro García Máynez influyó en el derrotero de don Mario: este último tenía especial vocación por la teoría general del

derecho y por la teoría del Estado; sus lecturas eran principalmente sobre estas materias, en especial la primera. A don Mario siempre le llamaron más la atención las disciplinas relacionadas con la cultura en general y con la idea de la justicia. Gozaba leyendo a los autores clásicos, sintetizando su pensamiento, estudiando los alcances de sus afirmaciones, contemplando la veracidad o no de sus conclusiones.

Le admiraba, aunque no estuviera de acuerdo con él, el esfuerzo intelectual que implicaba la construcción de los grandes sistemas filosóficos. Le gustaba comprender las ideas, jugar con ellas y asentar las propias.

El maestro García Máynez le manifestó que se iba a consagrar a la teoría general del derecho, y por ello don Mario decidió no dedicarse a la misma disciplina sino orientarse por la teoría del Estado que también le atraía.

Regresó a México; ya no tenía interés por la práctica profesional. Quería dedicarse principalmente a estudiar. Eran otros tiempos. Era otro México. Era otra Universidad.

En 1934 se le presentó la oportunidad de laborar como abogado consultor del Departamento

del Trabajo, y al año siguiente pasó a desempeñar el cargo de secretario de estudio y cuenta de la entonces recientemente creada sala del trabajo en la Suprema Corte de Justicia. Ahí laboró también como secretario el maestro García Máynez. De ahí su interés por el derecho del trabajo. De esos años sobresale la elaboración que hizo del proyecto de ejecutoria en la cuestión petrolera, ejecutoria que posteriormente sería la base de la expropiación decretada por el presidente Cárdenas.

Se dedicó a estudiar el derecho del trabajo y empezó a escribir el primer tomo de su *Tratado*, mismo que ya estaba publicado cuando fue designado secretario general de la UNAM en 1938. Se sentía muy contento de haber ocupado el cargo teniendo ya un prestigio y un reconocimiento académicos a pesar de su juventud.

Su tratado lo escribía primordialmente en las noches. Contaba Josefina, la cocinera, que muchas madrugadas se despertaba y oía el tecleo de la máquina de escribir. Don Mario comentaba que su costumbre de dormir la siesta provenía de esa época. Se desvelaba tanto que le era necesario dormir un poco al mediodía. Siempre le

gustó dormir, y ya entrados los sesenta años se jactaba de dormir muy bien y sus ocho horas.

En esta forma, las circunstancias modificaron transitoriamente su vocación académica. Como jurista alcanzó justa fama con su *Tratado de derecho mexicano del trabajo* en dos tomos, aunque esta disciplina le interesaba menos que la teoría del Estado y el derecho constitucional.

Años después, dejó la cátedra de derecho del trabajo para poner todo su esfuerzo en las dos últimas disciplinas mencionadas. Deseaba escribir libros de texto sobre ellas. La documentación e información que tenía era impresionante. En su despacho se manifestaba por la cantidad de carpetas negras en que guardaba sus apuntes.

Otra vez, las circunstancias se iban a atravesar a su paso. Otra vez el derecho del trabajo iba a hacer aparición en su vida. El presidente de la República era Adolfo López Mateos y el secretario del Trabajo Salomón González Blanco. Se formaba una comisión para redactar el proyecto de una Nueva Ley Federal del Trabajo. Corría el año de 1960. En las tardes se reunían los miembros de esa comisión: Salomón González Blanco, María Cristina Salmorán de Tamayo y Ramiro

Lozano; don Mario era el alma de la comisión. El proyecto de ley avanzaba, estaba casi terminado. El presidente López Mateos decidió no enviar al Congreso ningún proyecto de Nueva Ley Federal del Trabajo, pero de esas sesiones resultó el proyecto de reforma constitucional relativo al reparto de utilidades para los trabajadores.

A finales de 1965 le empecé a entregar los primeros capítulos de lo que sería mi tesis. Me daba sus opiniones, intercambiábamos ideas y me orientaba.

Alguna que otra vez íbamos al teatro. Recuerdo una tarde que nos dirigíamos a ver *Don Gil de las Calzas Verdes* en el frontón cerrado de Ciudad Universitaria. Pasé por él a su casa. Yo manejaba; platicábamos animadamente. Había un sol esplendoroso que me daba directamente en la cara, por esto y por distracción, al principio no me fijé en una pequeña curva y continué dirigiendo el coche en línea recta, afortunadamente me percaté de la situación a tiempo y pude maniobrar y salir bien del percance. Don Mario se asustó y me gritaba “¡Me está usted matando!” Al ver

que el incidente se había superado, se tranquilizó. Juró que nunca más se volvería a subir en un coche que yo manejara y convirtió el asunto en objeto de broma. A los amigos les aconsejaba, con la sonrisa a flor de labios, que no fueran a exponer sus vidas, yendo en un coche que yo condujera.

La verdad es que yo manejaba bastante mal. Al pasar los años sin que lo llegara a hacer muy bien, creo que mejoré y en muchas ocasiones lo conduje a diversos sitios. Sin embargo, siempre, antes de abordar el automóvil, comentaba que iba a exponer su vida.

La amistad fue madurando, la confianza profundizándose; fueron años de un verdadero entendimiento intelectual.

Discutíamos mucho. Generalmente los compañeros optaban por no contradecirlo. En todo lo que no estaba de acuerdo con él, se lo manifestaba. Algunas veces las discusiones fueron acaloradas, pero siempre dentro de los marcos de la amistad y del profundo respeto que le profesaba.

Cuando se aproximaba el examen final del curso de derecho constitucional, empezamos a sen-

tir verdadero pavor. Había que presentar un magnífico examen. Había que preparar la materia lo mejor posible. Estoy seguro que los compañeros que he mencionado y yo, dedicamos todas nuestras energías y nuestro entusiasmo a preparar el temario.

Yo estudiaba en casa de Rolando Tamayo. Su casa era propicia para ello. Excelente biblioteca, ambiente acogedor. Su madre, doña María Cristina, subordinaba todos los aspectos de la casa a la tranquilidad que se necesitaba para que Rolando y sus amigos estudiáramos. Recuerdo que muchas noches, la señora Tamayo, la querida y valiosa señora Tamayo, nos preparaba café. La tarde que me tocaba presentar el examen me faltaban unos datos; la señora Tamayo y los amigos, los buscaban en la biblioteca.

La tarde del examen yo tenía miedo. El salón estaba repleto de estudiantes. Había curiosidad por escuchar el examen de uno de los alumnos más cercanos a don Mario.

Saqué la ficha de la caja. No lo acertaba a creer, había sacado la ficha sobre la historia de la Constitución Mexicana de 1917, la ficha que mejor me sabía, el tema que había venido estudiando

en los meses que llevaba en la Coordinación de Humanidades. Comencé a desarrollarla, a dar datos curiosos o no muy comunes para ese nivel de estudios. Acababa de expresar que don Porfirio sustituyó a sus tres representantes officiosos —Rafael Hernández, Toribio Esquivel Obregón y Oscar Braniff— por Francisco Carbajal en las pláticas de Ciudad Juárez con Madero, cuando me interrumpió para decirme que el dato era inexacto. Recapitulé, me di cuenta de que estaba en lo cierto y así lo manifesté con toda firmeza. Don Mario sonrió y me dijo que continuara. En tres o cuatro ocasiones me interrumpió para preguntarme y pude contestar bien. Había hablado como una hora cuando me dijo que ya era suficiente; yo estaba ya tranquilo, y decidí bromear “¡cómo!, si sólo he resuelto cuatro incisos de los doce de la ficha, cómo sabe que sí conozco los otros”. Sonrió ampliamente y en voz baja expresó: “No sea usted payaso.”

Salí del salón. Estaba feliz. Sentí que había presentado el examen que el maestro quería. Don Mario estaba muy contento.

Entonces ni él ni yo nos imaginábamos que unos meses después el rector Ignacio Chávez sería sacado bárbaramente de las oficinas del Consejo Universitario.

Que el dolor y la humillación cubrirían a la Universidad Nacional; que la perversidad, los celos, la envidia y la maldad se enseñorearían de esta cuatro veces centenaria Casa de Estudios.

Esos meses no los puedo relatar aquí, porque rebasan el objeto de estas cuartillas. Tal vez algún día escriba lo que recuerdo de entonces. Viví muy de cerca esos episodios y conservo en mi archivo muchos documentos relacionados con ellos. Hoy, únicamente quiero traer a colación que ese martes de pascua de 1966, cuando las autoridades de la UNAM se encontraban secuestradas, cuando el tiempo transcurría y la situación se volvía más y más delicada, ante el temor de que se pudiera vejar al rector y a otros universitarios, don Mario le pidió autorización al maestro Chávez para hablarle a los secuestradores, muchos de cuyos líderes eran estudiantes de la Facultad de Derecho —¡qué vergüenza!—. El rector asintió. Don Mario comenzó haciendo un llamado a la cordura. Los secuestradores lo escu-

charon. Propuso que se trasladaran a la Facultad de Derecho y le entregaran a él las instalaciones de la Facultad. Parecía que los líderes de los secuestradores iban a aceptar —teatro puro, eran sólo títeres de quien tomaba las decisiones—. El rector estaba indeciso, lo consultó con sus colaboradores más cercanos, decidió que aquello no era adecuado. En eso llegaron camiones llenos de estudiantes preparatorianos. Lo demás pertenece a la historia universitaria.

Este incidente separó al maestro Chávez de don Mario. Personas interesadas —nunca faltan— le comentaron que quién sabe qué propósitos ocultos llevaba don Mario con su intervención. Nunca más se volvieron a saludar. A don Mario este episodio le dolió profundamente. Había actuado con toda limpieza, con el propósito de ayudar con lealtad al rector, y con la desesperación y la angustia de ver que la Universidad estaba siendo degollada y que todo parecía inútil, inútil, estéril, el vacío total.

La Universidad, su Universidad, fue todo para él. La amó entrañablemente. Fue su madre, su esposa, su hija. Sentía una gran pasión por ella,

por lo que representa en la vida de México: la creación de la cultura y la expresión del pensamiento libre.

Tuvo un concepto de la Universidad y siempre lo defendió, incluso lo idealizó. Sufrió profundamente cuando contemplaba que su Universidad cambiaba a pasos veloces: que se convertía en una Universidad de masas en donde el nivel del profesorado no siempre correspondía al que debía tener; una Universidad asediada por algunos seudoestudiantes pagados por personas con intereses extrauniversitarios. Su singular inteligencia le hacía comprender los cambios; su amor, sus sentimientos lo hacían anclarse en su Universidad ideal, aquella en que había trabajado, por la que había luchado y sufrido, por la que había sacrificado parte de su ser, y por la que estaba dispuesto, si fuera necesario, a ofrendar su vida. Quería una Universidad fuerte, vigorosa, académica, que preparara bien al estudiante en una profesión, pero que además le diera una visión del mundo y de la existencia; que le inculcara el amor por la cultura, que le formara una concepción social. Quería una Universidad de la cual salieran los hombres que transformaran a México,

que lo hicieran más democrático y, sobre todo y fundamentalmente, más justo.

Al hablar sobre estos temas se apasionaba; sus ojos brillaban; cuando sus estudiantes, estusiasmados y convencidos, le manifestaban que lucharían por alcanzar ese México, don Mario se transformaba; un dejo de tristeza lo cubría, y dejaba escapar un *ojalá* sin mucha fuerza. Solía expresar que había escuchado a tantas generaciones manifestar su deseo de transformar al país, pero cuando a sus miembros se les presentaba la oportunidad de hacerlo, por ocupar cargos importantes, se habían vuelto acomodaticios; no deseaban arriesgar el cargo y muchos de ellos incluso se habían corrompido.

Su Universidad, su Universidad. Desconfiaba del gobierno, y por ello deseaba que su Universidad no tuviera mayores relaciones con los funcionarios de aquél. No le agradaba que los funcionarios públicos y los universitarios tuvieran asuntos que tratar entre sí. El Estado lejos, lo más lejos posible de la Universidad.

Sobre estos temas discutimos una y otra vez. Le hacía ver los cambios que se habían operado en su Universidad: rápidos, veloces, vertiginosos.

Este país, esta Universidad han crecido y se han modificado a tal grado que a veces nos es difícil captar globalmente sus cambios. ¿O será acaso que no deseamos aceptar ni captarlos, porque muchos de ellos no han sido para bien?

El ingeniero Javier Barros Sierra fue designado rector y le pidió a don Mario que continuara como coordinador de Humanidades. Don Mario no aceptó. Deseaba retirarse a escribir sus dos textos y que don Ignacio Chávez no fuera a pensar que era un oportunista. El ingeniero Barros Sierra le insistió y don Mario se volvió a negar.

Don Mario se dedicó a sus clases de teoría del Estado y derecho constitucional, al seminario, y a comenzar a escribir esos libros cuya elaboración había pospuesto en varias ocasiones, y que ahora volvería a posponer. En 1967, el secretario del Trabajo, licenciado Salomón González Blanco, le pidió que la comisión ya mencionada, enriquecida con la presencia de Alfonso López Aparicio, revisara el proyecto de Ley Federal del Trabajo. Parecía que el presidente Díaz Ordaz sí quería enviarlo al Congreso. Nuevas e interminables reuniones en su casa, en la de la señora

Tamayo y en la Secretaría del Trabajo. La comisión revisó cada uno de los artículos, los rehízo, los volvió a ponderar. Muchas de las principales ideas de don Mario sobre las instituciones laborales las plasmó en el proyecto; de otras, sabía que, dadas las circunstancias del país, era imposible hacerlas norma jurídica. Se llegó a lo más, a lo más que se pudo.

La exposición de motivos del proyecto la redactó casi exclusivamente él. Es su obra, ahí está con todo esplendor su pensamiento laboral.

Don Mario no simpatizaba, no podía simpatizar con Díaz Ordaz. Sin embargo comentaba qué curiosa es la realidad; el proyecto que López Mateos no quiso o no pudo enviar al Congreso, lo remitía Díaz Ordaz; pensaba que ello se debía a que era el pago que el presidente le hacía a la clase obrera organizada por no haber apoyado el movimiento social de 1968.

La caída del rector Chávez, ese mexicano y sabio extraordinario de estatura universal, dejó a la Universidad con heridas y problemas muy graves y profundos, y uno de los lugares donde

mayores fueron los daños fue la Facultad de Derecho: los principales líderes de la revuelta estudiantil eran estudiantes de la Facultad. Se sentían los héroes de la revolución, y como tales exigían su botín. Fueron meses y años muy tristes. Desierto académico. Se dieron situaciones denigrantes. Nadie quería hablar. Nadie quería protestar. Había miedo. Una mañana, el 20 de octubre de 1967, don Mario publicó un valiente artículo sobre la Facultad. Lo intituló: "Caos y decadencia." En la Facultad cayó como dinamita. Unos preferían no comentarlo, no comprometerse; otros opinaban que la ropa sucia se debe lavar en casa; los menos afirmaban que había hecho muy bien en lanzar la protesta, para que se conociera lo que estaba pasando en la Facultad y así se pudiera enderezar la situación. Públicamente don Mario casi no recibió ningún apoyo. Se quedó casi solo, y solo se sintió. Lo embargó una gran tristeza y le nació la idea de jubilarse y dedicarse únicamente a escribir. No lo realizó de inmediato porque quería terminar de dirigir algunas tesis profesionales de alumnos distinguidos a quienes profesaba afecto.

Cuando terminé la carrera de licenciado en

derecho, en diciembre de 1967, mi tesis profesional estaba acabada. Cada capítulo lo había discutido ampliamente con don Mario. En esos años había aprendido mucho de él. Me había influido grandemente; yo había leído lo que él me recomendaba, había tratado de depurar mi estilo gramatical. Qué feliz me sentí de que ese trabajo estuviera terminado. Lo mandé imprimir y se lo dediqué a mis padres, a mi tía María Palmira y a don Mario, con las siguientes palabras: “padre espiritual, maestro y amigo”.

El voto que don Mario le otorgó a la tesis fue amplio y muy elogioso. El último párrafo me conmovió. La dedicatoria le había agradado. Era lo que quería. Era lo que perseguía.

El examen profesional se fijó para el 9 de febrero de 1968. Me dediqué a prepararlo. La noche anterior don Mario me ofreció una cena con un grupo de compañeros y amigos. Fue una cena espléndida. La había organizado —afirmó— para impedir que esa noche yo fuera a pasarla estudiando.

Al día siguiente, el examen profesional. Presidía don Mario. Me fue muy bien, y lo digo sin ninguna modestia, con mis cuatro primeros sino-

dales: Héctor Fix-Zamudio, Jorge Sánchez Cordero, Niceto Alcalá Zamora y Castillo y Luis Recaséns Siches. Con don Mario me fue mejor. Todo el auditorio esperaba que me echara “flores”; yo era uno de los estudiantes que más cerca de él habían estado en las décadas en que enseñó en la Facultad de Derecho; esto era público y notorio y así lo comenzó diciendo: toda la Facultad conoce la relación amistosa que existe entre nosotros y como ya había recibido muchas alabanzas de mis anteriores sinodales, lo que él iba a hacer era defenderse de los ataques que yo le infería en la tesis.

En la tesis, difería de su pensamiento en varios puntos, nunca me manifestó que ello le disgustara. prosiguió “defendiéndose”, yo quise hablar en varias ocasiones para hacer aclaraciones, pero él no me dejaba. Decidí alzar la voz y decirle que no me dejaba defenderme, que parecía que tuviera miedo de oír mis argumentos. Don Mario calló, su cara se puso roja y expresó: “hable”. Yo comencé con profundo cariño y respeto, a defender mis tesis y a hacer algunas precisiones. Cuando iba como a la mitad de mi disertación tocó el timbre y con voz fuerte, serena y amable dijo:

“Me siento feliz. La labor de un maestro no consiste en lograr que sus alumnos sigan su pensamiento, sino en crear rebeldes. El examen ha terminado.”

Me miró y sonrió. Esta fue mi primera discrepancia con don Mario. Duró diez o quince minutos.

Al terminar el examen, hubo fiesta en casa de mi tío, el doctor Aniceto Orantes. Durante la fiesta, don Mario invitó a bailar a mi mamá: “Doña Luz, siempre he sido un mal bailaror y hace muchos años que no bailo, pero esta noche, si usted lo permite, me gustaría bailar con usted.”

1968. El cielo mexicano se ennegreció. La tormenta conmovió a la sociedad. El descontento se desbordó. La inquietud se manifestó.

Los acontecimientos lo preocuparon profundamente. Estaba consternado. Estaba indignado. Baste con leer sus declaraciones a los periódicos después del “bazucazo” a la puerta del venerable edificio de la Escuela Nacional Preparatoria.

Apenas se anunció la marcha de protesta que encabezaría el rector Barros Sierra, don Mario decidió participar en ella. Había rejuvenecido.

Estaba en pie de lucha. Estaba decidido a defender a su Universidad. Llegó a la Facultad de Derecho y se incorporó a la primera línea de los profesores de la Facultad. A pesar de sus 67 años caminó todo el recorrido con paso firme. Conforme pasaban los días, el conflicto se agudizaba. Se decía que el ejército podía entrar a Ciudad Universitaria. Don Mario estaba convencido de ello y deseaba, si el ejército entraba, estar presente para ser de los detenidos. Quería correr la misma suerte que su Universidad. Una y otra noche hasta la madrugada, un pequeño grupo las pasamos en su coche en el estacionamiento de la Torre de Humanidades. Pero por azar, cuando el ejército irrumpió en la Universidad, estábamos dormidos en nuestras casas.

Al día siguiente hicimos un recorrido por procuradurías y cárceles para ver si algo necesitaban los amigos. Gracias a Edmundo G., don Mario pudo saludar tras las rejas a Rafael Moreno, entonces director general de Publicaciones, y quien se encontraba algo delicado de salud, por lo cual don Mario estaba especialmente preocupado por él.

Además de los cargos públicos mencionados, desempeñó otros. En 1947 fue presidente de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, mientras el doctor Andrés Serra Rojas fungió como secretario del Trabajo. El nuevo secretario, Mariano Ramírez Vázquez, lo quiso ratificar en el puesto. Don Mario no aceptó: “Vine con Andrés, me voy con él.”

Asimismo, de 1944 a 1946 desempeñó la jefatura jurídica de la Secretaría de la Economía Nacional.

A través de su vida le ofrecieron cargos que rechazó: entre ellos, dos veces el de ministro de la Suprema Corte de Justicia.

La primera vez fue cuando el doctor Gustavo Baz renunció a la rectoría de la Universidad Nacional para ocupar la titularidad de una secretaría de Estado. Era claro que en sustitución del doctor Baz, don Mario sería designado rector por el Consejo Universitario. El doctor Baz, a nombre del presidente, le ofreció ser ministro de nuestro más alto tribunal. Don Mario declinó el ofrecimiento. Años después diría: “Se me conocía y no se deseaba que llegara a rector, de ahí aquel ofrecimiento.”

Salomón González Blanco le ofreció lo mismo a nombre del presidente López Mateos. Ambos tenían una profunda estimación por don Mario, quien tampoco esta vez aceptó porque no deseaba dejar la Universidad Nacional.

Cuando Jesús Reyes Heróles ocupaba la Dirección General de Petróleos Mexicanos, lo invitó para ocupar la Subdirección Jurídica que quería crear. Don Mario le pidió unos días para pensarlo. En una época, Reyes Heróles y don Mario habían sido amigos muy cercanos. Lo meditó.

Le preguntó a algunos amigos y estudiantes su opinión y tomó la decisión de no aceptar. Después comentaría que, de haber aceptado, hubiera tenido que presentar su renuncia debido a los acontecimientos de 1968.

1969 y parte de 1970 los pasé en Alemania e Inglaterra. Conservo sus cartas, sencillas, agradables, de hombre profundamente preocupado por su país.

La situación en la Facultad de Derecho no mejoraba. Decidió jubilarse. Su última clase fue en

el curso de derecho constitucional. Habló del Poder Judicial y al terminar se despidió de sus alumnos y de su Facultad. Estaba emocionado, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Salió del salón y unos cuantos lo acompañamos por el pasillo hasta su coche. No nos atrevíamos a hablar. Lloraba y nosotros con él. Se subió al automóvil y sólo nos dijo: “Adiós.”

Esa tarde fui a su casa; lo encontré sereno, platicamos, sólo se exaltó un poco cuando me dijo: “No me fui de la Facultad; la bajeza, la maldad y la mediocridad me echaron.”

A la Facultad de Derecho regresó en 1974 a impartir el primer curso de derecho del trabajo. Habían pasado algunos años desde su retiro; él quería decir a los estudiantes lo que era la Nueva Ley Federal del Trabajo. Impartió esos cursos con la emoción y la alegría de siempre. Los estudiantes se entusiasmaron con su elocuencia y su sabiduría.

Don Mario estaba dedicado a escribir su nuevo *Derecho mexicano del trabajo*; sería un libro menos erudito que su obra colosal y clásica. Que-

ría un libro donde mostrar primordialmente su pensamiento.

En 1972 se editó el primer tomo de ese nuevo tratado.

Don Mario se dedicó entonces a redactar la obra *La idea del Estado*. Este bello libro está basado en sus clases de teoría del Estado. En él se desbordó su amor por la democracia, la cultura, la justicia, y se fue identificando con el pensamiento marxista. Esta obra se la publicó la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México. Quería publicar un libro suyo en su Universidad. Él que había editado y auspiciado en ella la publicación de tantas obras, había visto salir a la luz con el sello editorial de la UNAM, varios de sus ensayos políticos más importantes y de sus soberbias traducciones; quería un libro, un libro de él editado por su Universidad Nacional.

Regresó luego al derecho del trabajo para concluir el segundo tomo del *Nuevo derecho mexicano del trabajo*, que se publicó en 1979.

Todo este cúmulo de trabajo le hizo comprender que tal vez la vida no le daría para escribir su *Tratado de derecho constitucional*, y por ello

decidió redactar una teoría constitucional con los temas que le apasionaban: la soberanía, la revolución, la separación de poderes y la reforma constitucional. Afortunadamente, casi terminó este libro y, si los herederos están de acuerdo, la Universidad Nacional, a través de su Instituto de Investigaciones Jurídicas, con alegría, lo publicaría.

Don Mario fue primordialmente conocido como autor de valiosas obras de derecho del trabajo. Sin embargo, su producción sobre teoría del Estado y derecho constitucional es muy importante.

Aparte del ya mencionado libro *La idea del Estado*, escribió ensayos profundos como *La idea de la soberanía en la Constitución de Apatzingán*, *La suspensión de garantías y la vuelta a la normalidad* y *La Constitución Política*. De sus ensayos de teoría e historia política destacan *La Constitución de 5 de febrero de 1857*, donde revisa magistralmente la historia constitucional de nuestro país a partir de la Constitución de Cádiz y hasta 1859, y el “estudio preliminar” al libro *La soberanía* de Hermann Heller que él tradujo

y donde expuso en forma erudita los diversos ángulos y matices de este importante tema, uno de sus predilectos.

Además de la traducción señalada, deben hacerse notar *La filosofía del derecho del mundo occidental* de Alfred Verdross, el *Calicles* de Adolf Menzel, y varios artículos.

En enero de 1973, el doctor Guillermo Soberón fue designado rector de la UNAM. Me invitó a colaborar en su equipo de trabajo como abogado general. Con la autorización del rector, se lo comuniqué a don Mario, le dio gran gusto. El día que tomé posesión del cargo cenamos juntos mis padres, mis hermanos y don Mario.

En varias ocasiones nos reunimos el rector y yo con don Mario a desayunar, para comentar problemas universitarios. Transcurrían meses muy difíciles. Los problemas brotaban de todos lados, pero uno de los más difíciles era el gangsterismo de un grupo de pseudoestudiantes armados que tenía en jaque a la Universidad, que entre otras cosas había tratado de secuestrar al rector y a dos de sus colaboradores inmediatos, se había apoderado de locales universitarios y había ametrallado

los pisos de la Torre de Rectoría. Se hicieron las acusaciones penales respectivas. El termómetro universitario se calentó rápidamente. Parecía que iba a explotar. La situación era insostenible. El 9 de agosto de 1973, el rector solicitó se hicieran efectivas las órdenes de aprehensión donde quiera que se encontraran esos gánsters. Fue una decisión muy valerosa del rector Soberón. Era indispensable para defender a la Universidad y a su autonomía. Yo estuve completamente de acuerdo. Héctor Fix-Zamudio y yo redactamos el escrito, y yo lo firmé solidariamente con el rector.

Don Mario no estuvo de acuerdo con la medida y así lo manifestó a través de un artículo en *Excelsior* donde exponía algunos argumentos jurídicos. Sentí que mi obligación como abogado general era contestar esos argumentos en el mismo periódico y así lo hice.

No sabía cuál sería la reacción de don Mario a mi artículo. Por ello dejé pasar alrededor de diez días sin ir a su casa a fin de que las horas pudieran enfriar cualquier posible molestia. Llegué a Nicolás San Juan 341. Toqué. Me abrió Lupe. Le dije que le avisara a don Mario que ahí estaba. Quería darle la oportunidad de que si no

deseaba por el momento platicar conmigo, se excusara. A Lupe le sorprendió mi actitud. Yo era de casa. Estaba acostumbrada a que yo entraba y salía sin avisar a nadie. Lupe me dijo: “El señor está en su despacho, suba usted”, y se retiró a la cocina. Me quedé un minuto en el pasillo. Me decidí. Subí la escalera. Don Mario estaba escribiendo a máquina. Golpeé levemente la puerta abierta para que me viera. Levantó la vista: siéntese un momento, estoy terminando un párrafo. Lo terminó y me invitó a tomar un cognac. Hablamos de todo, con la misma confianza y afecto de siempre, menos de los dos recientes artículos periodísticos. Ésta fue mi segunda discrepancia con él.

En esos años publiqué varios ensayos; se los llevaba a don Mario para que los leyera y me diera sus observaciones. Cuando el cargo de abogado general lo permitía, me iba alguna tarde, unas horas o un rato, a estudiar en su biblioteca como en mis años de estudiante.

Platicar con don Mario era muy estimulante. Estaba al día de la principal bibliografía jurídica de muchos países. Recibía libros de varias nacio-

nes, los comentaba y recomendaba los que valían la pena.

Le preocupaba e interesaba la vida política nacional. Siempre estaba muy bien informado. Leía con cuidado los periódicos y platicaba con muchas personas, muchos de ellos funcionarios o exfuncionarios que habían sido sus alumnos. Le inquietaba que el país no abriera los cauces para ser más justo. Con los años, al hablar de la miseria en que viven millones de mexicanos, se exaltaba.

La tertulia siempre le gustó. Tenía una memoria privilegiada. Recordaba anécdotas y datos de decenios atrás como si hubieran acontecido ayer. En alguna ocasión nos narró que recordaba el desfile del 16 de septiembre de 1910. Lo hermoso que fue. El lujo. Lo largo. Las cohortes vestidas de hombre-tigre azteca.

A pesar de los años conservaba su energía, su vitalidad y su salud. De joven fue deportista, jugaba frontenis; cuando dejó de jugar, le gustaba realizar grandes caminatas para mantenerse bien.

La Universidad Nacional y otras universidades públicas del país se vieron convulsionadas durante varios años por problemas laborales. Este tema lo

abordamos con frecuencia en aquellos años. Era muy natural. A don Mario le preocupaba todo lo relacionado con la UNAM, y yo tenía entonces la responsabilidad jurídica de nuestra Casa de Estudios.

El gran problema consistía en darle un marco jurídico apropiado a las relaciones laborales universitarias, marco que lograra armonizar los derechos y la autonomía de la Universidad con los legítimos derechos de los trabajadores. En esto coincidíamos plenamente. En algunos aspectos particulares discrepábamos. Conjuntamente nos pusimos a redactar un proyecto de reforma constitucional sobre esta cuestión. Coincidimos en mucho. Ese proyecto sirvió en parte para la redacción del proyecto de adición de un Apartado C al artículo 123 constitucional.

Cuando el proyecto universitario ya estaba terminado, le pedí autorización al doctor Soberrón para informárselo a don Mario. Así lo hice. Don Mario no estaba de acuerdo con varios puntos del proyecto. Cuando éste se hizo público, lo atacó, y sostuvimos una encendida polémica periodística. Ésta fue la tercera discrepancia que tuve con don Mario.

Lo volví a ver cuando le fui a dar el pésame por la muerte de don Ricardo, su hermano. Cuando falleció don Ricardo me encontraba en Europa. Regresé al país un domingo muy avanzada la noche, y me encontré con la noticia. El lunes llamé telefónicamente a don Mario, a doña Magdalena, la viuda, y a algunos de sus hijos para darles el pésame. Don Mario me dijo que sabía que no me encontraba entonces en el país, porque mi mamá y Arturo se lo habían dicho. El miércoles fui personalmente a darle un abrazo. Estaba triste. No sólo había fallecido su hermano, sino su mejor amigo, el compañero de toda su vida. Platicamos varias horas, recordamos tantos episodios que juntos habíamos vivido, él, don Ricardo y yo.

Yo estaba también triste; lamenté profundamente la partida de don Ricardo, quien siempre fue muy cariñoso conmigo. Era amable, generoso, abierto. A los pocos días de la tercera discrepancia con don Mario me llamó por teléfono para decirme cuánto lamentaba la controversia y reiterarme su cariño y amistad; posteriormente algo parecido realizó Arturo en una comida para mí inolvidable. Me percaté entonces de que la familia de don Mario era mi familia.

En 1978 yo fungía como coordinador de Humanidades de la UNAM, y decidí con ese carácter proponer a don Mario como candidato al Premio Nacional en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía.

Estaba convencido de que lo merecía plenamente, y que México le debía otorgar este reconocimiento en vida. Sólo me encontraba con un problema: es necesario que los candidatos firmen una carta manifestando que si se les otorga el premio lo aceptarán. Tenía mis dudas de si don Mario accedería a firmar una carta de esa naturaleza. Se había negado rotundamente a aceptar homenajes.

A finales de 1965, un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho quería que al nuevo auditorio de la Facultad se le pusiera su nombre. Se enteró y paró terminantemente el movimiento a su favor.

La Facultad de Derecho quiso, siendo su director el licenciado Ojesto y a iniciativa del doctor Fernando Flores García, publicarle un libro de homenaje, y rotundamente lo rechazó.

En 1974, cuando regresó a impartir clases, sus

alumnos querían imponerle su nombre al salón donde enseñaba, y aunque ya tenían la placa de bronce con su nombre, no lo aceptó.

Así las cosas, lo primero que hice fue pedir la anuencia del doctor Soberón, para que en mi carácter de coordinador de humanidades presentara la solicitud. El rector con gusto y entusiasmo me dijo que sí.

Segundo, intercambié opiniones con Enrique Álvarez del Castillo para determinar cuál sería el mejor camino para lograr su consentimiento. Decidimos que él sondearía a don Mario. Así lo hizo, el maestro estaba de acuerdo. Entre don Mario y yo redactamos el documento de aceptación y actualizamos su *curriculum*. El maestro obtuvo el premio. ¡Qué bueno! Cuando lo fui a ver para comunicárselo se emocionó. Recibía algo que merecía. Pocos como él lo merecían.

Para la ceremonia de entrega de los premios no se le invitó a hablar. Lo tomó muy bien, con mucha tranquilidad. Sólo comentó: "Tienen miedo de lo que pueda expresar", y sonrió. A los pocos días le organicé una comida para celebrar el premio. Asistieron alumnos que él estimaba. Estaba radiante, feliz, de buen humor y bromista.

Durante 1979 asistió a muchos de los eventos que la Universidad organizó para conmemorar el cincuentenario de la autonomía. Estaba muy contento.

En 1980 enfermó. Quiso conocer la verdad de su enfermedad. Sabía que le quedaban aproximadamente ocho meses de vida. Su ritmo de trabajo se alteró poco, continuaba leyendo y escribiendo, aunque confesaba que se cansaba.

Todavía asistió a dos congresos. Sólo recordaré que en julio de ese año el Instituto de Investigaciones Jurídicas conmemoró su cuadragésimo aniversario con la celebración del II Congreso Iberoamericano de Derecho Constitucional. Don Mario estuvo presente, y los congresistas lo declararon presidente honorario del congreso. Aunque se llegó a fatigar, no quería desprenderse de éste. Estaba muy a gusto platicando con los constitucionalistas extranjeros, muchos de los cuales eran sus amigos personales.

Las últimas semanas de su existencia fueron tranquilas; el ánimo estaba sereno aunque el cuerpo estaba sufriendo.

Una tarde, en su cuarto del Hospital Inglés, me dijo: “Ya casi voy a llegar a los ochenta años,

es natural lo que me está pasando.” Se despidió de su familia y de sus amigos. Dejó instrucciones precisas sobre su esquila y su sepelio. El viernes 6 de marzo de 1981, a las 4.35 horas dejó de existir.

Don Mario de la Cueva, maestro de generaciones y generaciones de estudiantes en la Facultad de Derecho, autor de importante obra jurídica, uno de los tres grandes juristas mexicanos de este siglo, funcionario universitario, fue un hombre bueno, congruente con él mismo; vivió y actuó de acuerdo con sus ideas, y trató de esculpir su existencia como una obra de arte. Amó a México y a su Universidad. Deseaba un México mejor, más justo. Por ello luchó. Trató de forjar abogados que amaran la justicia y la democracia. Se entregó plenamente a la labor que escogió: enseñar y escribir. Sobresalió. Es un orgullo de México.

Don Mario de la Cueva, el maestro, el jurista, el hombre. Don Mario de la Cueva, quien supo cumplir con su misión; quien por saberse dar recogió las rosas del cariño, de la admiración, de la gratitud de miles y miles de estudiantes y juristas que hoy lo recordamos como persona,

porque su pensamiento está vivo, presente, inquieto, luchando por las causas en que su autor creyó, y por las cuales combatió y vivió.